

porque entonces... jago panderetas  
con el su pellejo!

La prueba la tienes  
que acá no ha venío  
a pedirme si yo lo consiento.

Asina lo jacin los que son honraos,  
asina lo jacin los nobles y güenos,  
¡y ese tieni pinta de sé mu zorrino  
y en tocante a zorro le gano la mano  
porque soy más viejo...!

Y te endilgo esto, por que eres mu nuevá  
y ahora no sabis ni tanto ni medio  
del estrozo que sufre un cariño  
recibiendo a cambio  
mentiras y enreos...

Así que ya sabis, no vuelvas siquiera  
a mirá pa ese cacho de escuerzo...  
¡y esto te lo digo asín por las güenas,  
que en tocanti a malas  
te anegralo el cuerpo...

.....  
No me vengas con tantas tontunas  
de tanto relato, que sé que es mu cierto.  
No jagas pucheros, y atiendi a tu padri  
que tan sólo quiere  
darte un güen consejo...

ISIDRO MELARA BERROCAL

## SIN NINGUNA IMPORTANCIA

**A**l reanudar hoy, con una segunda etapa, mis artículos intrascendentes, quiero dejar aquí testimonio de mi gratitud para cuantos se interesaron por mi modesta colaboración en ALCANTARA. Circunstancias que no son ahora del caso me alejaron momentáneamente, y a mi pesar, de estas tareas que me son tan agradables, mas restablecido ya el equilibrio de todos mis compromisos vuelvo gustosamente a establecer contacto con mis queridos lectores.

Sin embargo, ese inapreciable afecto de origen bondadoso, que no admirativo, me hace sentir algo nuevo que pesa sobre mí, algo embarazoso, por dubitativo, que me hace desechar casi todos los temas, a pesar de que sea bien comprensible la casi inexistencia en este viejo mundo de asuntos verdaderamente originales. Pero precisamente por esto, la labor de los hombres se manifiesta más complicada, porque si los efectos se producen según los ángulos desde los que se enfoca una cuestión, ¿cómo es posible que los humanos podamos desposeer de ese noble afán de superación y no sintamos las mordeduras de la duda al elegir nuestros puntos de vista?

He aquí la gran cuestión. Saber elegir nuestro punto de vista que, a la vez, sea el punto de vista de los demás. Eso es todo y bastante.

Y dicho esto sin ánimo — ¡libreme Dios! — de forzaros a poner un gesto de verdadera seriedad, trascendente, que, por otra parte, no correspondería a mi propósito, debemos proclamar, con un poco de sordina, ahora que no nos ve nadie, la inocencia, por no echar mano de otra expresión más significativa, de muchos de nuestros actos.

Debido a esto es por lo que, sin duda hemos oído hablar de la humanidad muchas veces en sentido despectivo. Hasta si no nos engañamos, podemos asegurar que en numerosas ocasiones la hemos oído calificar de idiota, pero este vocablo me parece demasiado duro y aparte que nos salpica a todos, sobrepasa nuestros instintos de venganza referidos a tantísimas malas faenas como nos hace.

No; no, señores. Echemos menos lobos a la jungla.  
Pero, caramba, las cosas, han de decirse como son.

Usted, —y fíjese que al registrar tal tratamiento no quiero con ello señalarle, sino que miro indefinidamente al espacio— usted, repito, un buen día (¿?) siente que le echan chirivitas los ojos. Creyendo que ello pueda obedecer a objetos extraños que flotan en la atmósfera, comienza a sacudirse manotazos alrededor de sus ojos gi-

tanos. A poco, siente como si tuviera fuertemente atados los hombros y tirasen endiabladamente desde el centro de la tierra. Su cerebro comienza a nublarse y ya no cree usted ni aún en las pagas extraordinarias.

Perdió, pues, la fe en este mundo. Y no tarda mucho tiempo sin que se tenga que acostar aquejado de tan fuertes y generales dolores musculares que no parece sino que le ha cogido un Pablo Romero de los antiguos con barba y todo.

—A ver, Ceferina,—se oye decir a la consorte—; vete a llamar al señor Eustaquio el practicante.

Y el señor Eustaquio, que por algo ha nacido en Embajadores, ante los aspavientos de la esposa no puede menos de explotar:

—Pero, señora, si esto no tiene importancia. Si esto es la coreana sin complicaciones.

Es precisamente en este punto cuando, descubriendo el amoscamiento de la señora, no sabemos desentrañar el verdadero significado de la mirada centelleante que dirige a su esposo quien, por su parte, sumido ya en la penumbra del delirio febril, se halla bien lejos del área de las bromas.

Una caja de inyecciones que no resuelve nada. Lo único que se vislumbra cada vez más claro es la ruina que te están buscando entre el médico y el farmacéutico actuando, como un vulgar puntillero, el bueno del practicante. En seguida, una tos seca, persistente, verdaderamente criminal. Cuando viene el acceso, la pobre señora a quien se le va pasando el resentimiento acerca de la confianza del practicante sobre la coreana, se acerca a su esposo, lo incorpora, le da golpes en la espalda, algunas veces con arranques de venganza, y le advierte que si sigue tosiendo así va a tener que entrar en el dormitorio con un paraguas abierto.

Una caja de pastillas. Otra. Un frasco de jarabe. Otro. Una caja de píldoras. Otra. Y, por fin, nos levantamos al cabo de cincuenta y tres días porque había llegado, sin duda, el término de morir o curarse.

Las últimas inyecciones, juntamente con las postreras píldoras o pastillas, han hecho el milagro de devolvernos la salud. Las demás cosas que hemos tomado no sirven para nada. Todas al diantre. Así se explica que cada convaleciente proclame campeón a un distinto fármaco.

Lástima es, en verdad, que esta alegría de volver a la vida, aunque haya sido a gatas, nos la venga a enturbiar la farmacia con los terribles números de su prosaica factura.

¡Qué vida ésta, señores!

MARIANO E. CARDENAL



## Elegía de las Canas

Con flecos de armiño me avisan las sienas  
que corre mi vida. Con albas en flor  
que llueven un llanto de gracia perdida  
me anuncia mi tarde la fuga del sol...

Repaso el paisaje de mis dimensiones  
y aun hallo en sus ramas la nueva ilusión  
que enlaza los sueños con trinos y llamas.  
¡Burlemos los humos que acusa el dolor!

Mi planta, segura, no pesa en la tierra,  
la muele, la azota; y es ágil mi voz  
ardiente de sangre, que bota y rebota  
y enciende el espacio con mi corazón.

Mas ¡ay! estas canas ¿son lluvia o rocío?  
¿Son nata o espuma, ceniza o hervor  
de un hondo venero?... ¿Penachos de bruma  
para nuestras alas del último adiós?

¿Serán de las penas el llanto escondido,  
o de los errores el mudo clamor  
que inicia en las sienas un puente de flores  
por donde nos llene de luz el dolor?..

¿Tal vez esquilillas del campanilleo  
invasor, rotundo, que vendrá veloz  
poniéndonos blancos para irnos del mundo  
y luego alumbrarnos la senda de Dios?

Por ver sus raíces me miro en la fuente  
serena del alma, y, ¡oh, desilusión!,  
mis años se curvan como una gran palma,  
y aun no he conseguido llenarlos de amor!

MANUEL DELGADO FERNANDEZ